

En los ochenta años de Orlando Fals Borda*

Saúl Franco A.**

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Conocí a Orlando Fals como muchos conocemos a nuestros mejores maestros: a través de un libro. Eran los comienzos de los sesenta del siglo pasado, yo era un estudiante universitario en Medellín y él un decano exitoso y polémico de la recién creada Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Y en uno de los múltiples “grupos de estudio” que por entonces se multiplicaban en todos los medios académicos, estudiamos con sorpresa y entusiasmo “*La Subversión en Colombia*”, una de sus obras de entonces. Para mí fue un libro revelador y provocador. Y confieso que desde el título hasta su contenido me sirvió de estímulo para empezar a reflexionar sobre lo social, y a convertir los acontecimientos sociales y políticos en objetos del pensamiento y la acción, más allá de la pasividad o la alienación impulsadas por el sensacionalismo de muchos de los medios masivos de comunicación. Fue el primer Fals Borda que conocí. Y desde entonces, sin conocer su rostro ni su bondad sin límites, me hice uno más de sus discípulos a distancia, un lector juicioso de sus trabajos y un admirador de su verticalidad y coherencia eternas.

Confieso que para entonces el tema de la violencia no era todavía el objeto de mi pensamiento y que aún no había iniciado este ya largo camino de la investigación sobre el tema, desde el campo de la salud. Pero tengo un claro recuerdo del tsunami político – con oleajes arrasadores de intolerancia religiosa, clasista, y académica – que se desató en el país con la publicación en junio de 1962 de la Monografía No. 17 de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, titulada “*La Violencia en Colombia*” y producida por Monseñor Germán Guzmán Campos, el sociólogo Orlando Fals Borda y el abogado Eduardo Umaña Luna. Si bien el principal blanco de los ataques fue Monseñor Guzmán por su carácter de sa-

cerdote católico, el joven sociólogo no escapó al oleaje y desde el periódico *El Siglo* se llegó a sugerir el 5 de octubre del mismo año que no deberían admitirse decanos protestantes en la Universidad Nacional.

Coincido con todos los estudiosos de la violencia colombiana en reconocer la obra de estos tres autores como la piedra angular de los estudios sobre el tema; como el momento de la conversión de la violencia colombiana en un objeto de pensamiento, de investigación y de acción; como el primer y definitivo intento por romper silencios cómplices o culpables, y la primera convocatoria pública a mirarnos en el espejo de la realidad sin las máscaras fabricadas por el poder ni los maquillajes aplicados por los medios y la inconciencia colectiva. El propio Fals Borda calificó hace poco el libro como “un angustiado grito de denuncia y atención”. Y es vergonzoso para mí tener que reconocer hoy que tardé más de tres décadas en comprender a fuerza de trabajo y reflexión que la intolerancia conforma, con la inequidad creciente y la impunidad rampante, el triángulo explicativo estructural de nuestras violencias pasadas y presentes.

Si bien como todo buscador de explicaciones de las realidades el Profesor Fals Borda ha recorrido este país entero y muchos otros países del mundo, su epicentro ha sido sin duda la Universidad Nacional de Colombia. Aquí, o des-

* Texto publicado por el Periódico *El Tiempo* y modificado por el autor especialmente para Uni-pluri/versidad

** MD, PhD. en Salud Pública, Coordinador del doctorado de Interfacultades en Salud Pública, Universidad Nacional de Colombia

de aquí, ha emprendido casi todas sus empresas intelectuales y políticas y ha ejercido un magisterio universalmente reconocido. Porque podemos arriesgar también otra afirmación: que en el fondo Fals es esencialmente un Maestro. Más cercano a la academia socrática que a las presentaciones en power point. Más amigo de conversar y debatir que de dictar cátedra. Más adepto a la universalidad del saber que a la ultraspecialización tecnocrática. Más preocupado por transformar la realidad que por lucirse en la demostración abstracta. Y mucho más interesado en hacer llegar su saber a los excluidos que en ganarse con él la simpatía de los excluyentes. Un maestro que no se hizo con el primer hervor de su sociología de Minnesota y su Ph.D. de la Florida a comienzos de los cincuenta, sino que se fue perfilando lentamente con sus investigaciones entre los campesinos del altiplano cundiboyacense; con la búsqueda explicativa de ancestros e identidades en su “Historia doble de la costa”; con su aporte internacionalmente reconocido en la configuración y aplicación de la investigación-acción participativa, y con sus muchos años de enseñanza directa que culminó siendo el árbol tutelar del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales en su mejor época de producción y compromiso a principios de los noventa. Fue entonces cuando la vida me dio la oportunidad de tenerlo más cerca y de asimilar mejor no sólo su inagotable magisterio académico sino también su cálido magisterio vital. Porque el maestro Fals es sobre todo un maestro de la vida, magisterio que ahora puede ejercer con ganada y sobrada autoridad desde el altísimo podio de los ochenta años que hoy le celebramos.

Como la palabra siempre es un riesgo, arriesgo en esta ocasión tres calificativos para seguirle la pista a la trayectoria académica y política ya octogenaria de Orlando Fals Borda. Son ellos: *coherencia, verticalidad y creatividad*.

Coherencia en el pensamiento. Entre el pensamiento y la acción. Y entre el pensamiento, la acción y el sentimiento. Fals Borda siempre ha avanzado. Pero nunca ha cambiado su plan de vuelo intelectual y político. Ha revisado, pero no ha renegado como tantos por un puesto, al-

guna fama o más dinero. Uno puede estar o no de acuerdo con él en muchas cosas. Puede inclusive atacarlo en algunas – de hecho, como los grandes él ha creado no sólo escuela, sino también anti-escuela -, pero jamás puede señalarlo de contradictorio, de ambiguo, de traidor.

Como no se dedicó a repetir lo sabido, sino a buscar algo nuevo para explicar lo cotidiano. Como no se asumió de la élite, sino que se apersonó de ser antiélite. Como no se prestó para mantener lo establecido, sino que desde temprano le apostó a la subversión de valores, verdades y estructuras, le tocó y asumió la verticalidad como arma limpia y fuerte. Por eso ni se amilanó con las críticas a su primera gran obra colectiva, ni se calló ante ninguno de los gobiernos que igual lo acorralaban que trataban de halagarlo o acallararlo, ni ocultó nunca sus preferencias políticas en las diferentes y muy difíciles coyunturas vividas, ni pasó desapercibido en la Asamblea Constituyente de 1991.

Y si la suprema especificidad humana es la creatividad, el Maestro Fals Borda es un ejemplar sobresaliente de humanidad. Ha creado música, conceptos, métodos, centros académicos, movimientos y plataformas políticas, libros, afectos, amores, escuela, antiescuela... Pudiéramos inclusive arriesgar una última afirmación: Fals es un creador, es decir, un ser humano superior. Y como los creadores nos sorprenden siempre, a comienzos de este año, es decir, en vísperas de sus ochenta años, nos sorprendió y enriqueció con el vigoroso prólogo de la nueva edición de “*La Violencia en Colombia*” de la editorial Taurus. Allí, en lo que podría constituir el primer capítulo de su testamento político e intelectual, y reafirmando la trilogía de coherencia, verticalidad y creatividad, nos dice: *Creo que el nuevo ethos humanista y no violento del socialismo autóctono, que es el paradigma de la apertura, la participación, la tolerancia y la paz, podría resolver por fin nuestro conflicto de medio siglo, y abrir un futuro satisfactorio para las próximas generaciones de colombianos. No veo otro camino cierto y recto.*

Hace veintitrés años al despedir de su actividad académica en la Universidad de Antioquia a otro egresado de Minnesota, el también Maestro y luchador por la justicia y los Derechos Humanos Héctor Abad Gómez, asesinado cinco años después cuando arreció el terror paramilitar contra la intelectualidad colombiana, le dije algo propio que hoy creo que puedo decirselo también al Profesor Fals Borda: *el sembrador siempre nace*. Tranquilo entonces Maestro y Amigo que usted cada día va a estar naciendo y renaciendo en cada uno de nosotros sus afortunados alumnos, en cada página de sus libros, en cada nota de sus canciones, en cada idea que ya sembró y cultivó con esmero, en cada nueva empresa, como la que ahora nos hermana y llena de esperanza en la política con la

candidatura presidencial del Senador Carlos Gaviria Díaz y, por supuesto, en el amor que también cultivó y que logró su serena madurez en la larga relación con la también Maestra, amiga y creadora María Cristina Salazar.

Sé muy bien que ninguna elección popular me eligió para llevar la palabra en este acto intensamente íntimo y sincero, pero tengo igualmente claro que muchos y muchas, presentes y ausentes, vivos y ya muertos, aquí en nuestra Universi-

dad Nacional, en Colombia y en muchos otros rincones de la tierra suscribirían lo dicho y, a la manera de cada uno y cada una le dirían conmigo: muchas gracias Maestro por sus primeros ochenta años de coherencia, verticalidad y creatividad y tranquilo que nos tiene, puede contar con nosotros y nosotras, y disfrute muy feliz su cumpleaños de hoy y todos los de mañana, porque el sembrador siempre nace.



Tatiana Ruiz
MV, MSc, PhD.

*Subgrupo de Fisiología y Biotecnología de la
Reproducción
Facultad de Ciencias Agrarias
Universidad de Antioquia*

Fabio Nelson Zuluaga T.
MV. MS.

*Director Rev. Col. de Cien. Pec.
Facultad de Ciencias Agrarias
Universidad de Antioquia.*